

Germán Labrador Méndez

Culpables por la literatura.

Imaginación política y contracultura en la transición
española (1968-1986)

Madrid, 2017. Edic. Akal

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 28/52018
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

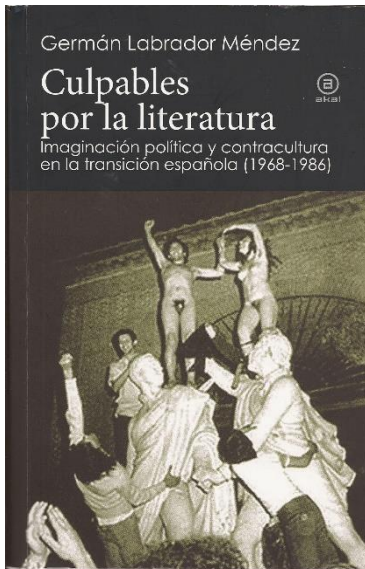
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Germán Labrador Méndez: Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)

Madrid, 2017. 2ª edic. Edic. Akal. ISBN: 978-84-460-4431-4



Han pasado cuarenta años de las elecciones de 1977 y el mito de la transición se ha desmoronado. Pero, ¿sabemos lo que ocultaba? Este libro plantea que, entre 1968 y 1986, existió una ciudadanía que luchaba por una democracia real más allá del Estado y los partidos, y cuyas ideas, a veces, recuerdan a las del 15M. Política y cultura se unían radicalmente en la contracultura, y la democracia era una nueva sensibilidad que lo afectaba todo: el amor, el trabajo, los cuerpos, el espacio público y el privado. Aquella creatividad fue reprimida y cooptada: lo político y lo cultural se dividieron e institucionalizaron mediante la Constitución de 1978 y *La Movida* de los ochenta. Sólo en el ámbito cotidiano, la ruptura con el franquismo fue más nítida.

Aunque hemos olvidado los elevados costes personales y sociales de aquellas luchas contraculturales, que llevaron a la marginación de la juventud democrática (suicidios, cárceles, sida, heroína), hay una deuda de memoria con sus sueños que este libro estudia a partir de las voces de sus protagonistas y usando la literatura como guía de una democracia por venir.

Germán Labrador Méndez es profesor titular en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Princeton. Sus investigaciones unen estética y política y buscan recuperar voces y proyectos olvidados de la historia ibérica moderna. Es autor de *Letras arrebatadas. Poesía y química en la transición* (2009). En la actualidad trabaja en un libro sobre las resistencias culturales a la crisis económica y social.

REVERSO  Historia crítica



Este libro ha sido impreso en papel ecológico que proviene de una gestión forestal sostenible

APOSTILLAS A LA LECTURA DEL LIBRO DE LABRADOR

Con motivo de la presentación en Granada,
en la librería Bakakai, el 30 de mayo de 2018.

En una segunda lectura del libro *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*, me fijé en los textos siguientes:

**Bioliteratura, biopolítica, sueños
emancipatorios de la transición y necesidad
de renegar**

“...la potencia literaria reside, no en un texto,
sino en la capacidad de un texto de crear vínculos con otras personas.
A esto llamaré *bioliteratura*, a los modos por los cuales
la literatura inscribe un texto en un cuerpo y un cuerpo en el mundo.”
(p.48).

o, más tarde (p.76):

Esta dimensión de la vida cotidiana, y sus luchas, es lo que en este libro se entiende por *biopolítica* (Foucault, 1979), una forma de abrir la noción para atribuir un lugar a la acción de los movimientos culturales, a sus énfasis en la emancipación de las mentes y su preocupación por las formas de subjetivación contrahegemónicas.

Esta idea me interesa, y de ahí esos textos literarios que conforman un corpus común que nos conforma a su vez como grupo, en el caso de hoy, por ejemplo, este corpus Bakakai que nos concilia a todos bajo este mismo techo y presentación.

Sobre la liberación del “vivir otras vidas” o “vidas imaginarias”, la capacidad de construir “bajo el capitalismo industrial, una historia paralela a la historia del trabajo”:

La historia de los sueños de emancipación colectivos,
los archivos de la imaginación política,
el mundo nuevo del Menocchio moderno (Ginszburg, 1976).” (p. 58).

Sobre el arranque de una vida nueva, “tras cambios fundamentales de tipo moral, político o religioso”, idea con la que me siento muy identificado por mi propia biografía personal setentera, me interesó este planteamiento también:

Una vida nueva requiere, en definitiva, una acción radical que rompa con el orden de prioridades que nos caracterizaba, un acto inconfundible que nos vuelva extraños a ojos de los próximos (*i.e.*, violar un tabú, chaquetear, convertirse, traicionar...). Una vida nueva, diremos con Pizzorno (1989), reclama así una modificación central en nuestro sistema de valores, una toma de distancia respecto de las propias creencias y un obrar en consecuencia que nos transforme. (p. 59, ya selec. en lectura anterior).

Es la vieja historia del renegado, que tanto intenté teorizar para el periodo histórico mediterráneo moderno como clave también de modernidad. Parece que este texto también me interesó en la primera lectura del libro.

Sobre las tres tipologías/generaciones del periodo estudiado (p.72):

1-*progres antifranquistas*

2-*ácratas o pasotas*

3-*modernos de la Movida*

Me interesó de nuevo la posible definición de Transición misma:

Tiempos de transición: crecer entre sus transformaciones implica fascinarse con un futuro donde todo puede darse. (p.73).

Son interesantes algunas precisiones teóricas; ante la posibilidad de fijar el análisis en el estado y lo institucional o en las personas y comunidades, teoriza:

“desde la perspectiva de una historiografía cívica, el funcionamiento de un régimen de poder y las experiencias de quienes habitan bajo su dominio constituyen fenómenos distintos. Aún reconociendo, como quería Foucault, que las historia de las técnicas de dominio y la historia de las formas de disidencia se traban de modo inseparable...” (p. 83)

Y esas reflexiones teóricas se completan con una interesante constatación:

“...toda biografía, por humilde que sea, contiene su propia época” (p.85).

Y en ese marco teórico, una afirmación que es como una de las tesis principales del libro:

Las vidas en transición las atraviesan corrientes centrífugas y centrípetas, que empujan hacia el estado o hacia la más absoluta anomia. (p.87).

Esa dicotomía, estado/sociedad formal versus anomia/sociedad alternativa, me parece una de las claves de análisis más clarificadoras o

prometedoras para extraer consecuencias operativas. Y es particularmente descriptiva en un texto ya seleccionado en la primera lectura:

De las comunas *hippies* y los ateneos libertarios a los tugurios *quinquis*, y de las plazas del *rollo* transicional a los guetos *yonquis* de los años ochenta, esta otra transición surge en espacios *anómicos*, en ámbitos de relativa ingravidez social donde las divisiones socioeconómicas previas entran parcialmente en suspensión.
[p.91].

Son esos “espacios interclasistas que no cabe mitificar pero sí reconocer” (p.92), y que en mis vivencias personales son uno de los perfiles más definitorios de la transición, en versos de ese momento, “el sueño del gran orgasmo, el sueño de la unidad”...

Otro principio teórico generador, en donde veo perfectamente reflejado el proyecto de JL Recio con La Banda de Moebius...:

“La creación de una nueva estética era parte integral en el proyecto de una revolución de la vida cotidiana” (p.105).

El libro se presenta también como “una historia de las expectativas no cumplidas de una generación” (p.119)... Ese no cumplimiento de expectativas creo que es también definitorio pues lleva a un fracaso y a una insatisfacción observable en las obras de creación de esa generación, y que los sitúa al margen, en la frontera, pero con la certeza de que de esa frontera han de surgir los nuevos centros libertadores... O algo así. De ahí que me parezca muy definitorio el fragmento también elegido en la primera lectura:

La *contracultura* fue ese amplio espacio de actividades y actitudes que unió a los jóvenes transicionales en un proyecto de sociedad alternativo durante una década, campo de juegos y encuentros para una *izquierda sociológica*, de perfiles diversos que aglutinaba a izquierdistas, libertarios, ecologistas y activistas de género. Malvido cita algunas de las experiencias pioneras de autogestión: el movimiento de presos comunes en lucha por la amnistía, los nuevos colectivos de cine sin autor, las coordinadoras de grupos alternativos y las asociaciones feministas radicales. Pero esas vivencias, y los nombres que las evocan, a la altura de 1988 son ya míticos; se pierden en el aire de la época. Lo que más se hace presente es su destino. *Ubi sunt?* ¿Dónde se encuentran aquellos que compartían lechos e ideas mientras cambiaban la vida? Sobre aquella intensa época y sus sueños

se balanceaban dos destinos: el de quienes, en el ropero de Vives,
aprenden a vestir un nuevo traje (el de gestor cultural,
el del parlamentario, el del hombre de negocios)
y el de aquellos que no se pudieron arrancar sus identidades
para emprender vidas distintas, porque las llevaban en la piel.
[p.129].

Impresiona el recuento de nombres que su padre pone a Chicho Sánchez Ferlosio, en honor a los pro-hombres falangistas: *José Antonio Julio Onésimo Sánchez Ferlosio...* (p.144), un marcaje o una maldición para toda la vida, del que sólo tendrá como salida el convertirse en enrabiado renegado... Una genealogía que me interesa. Y de ahí también la crítica de Labrador a *Soldados de Salamina* (Cercas, 2001) como falso dilema del perdón para resolver la ruptura civil de la guerra... (pp. 144 y 146).

De nuevo la anomia y lo anómico como transicional

De interés también la dicotomía entre los que “trataron de vivir según su lenguaje” y los que “trataron de crear algo nuevo” (p.159), con la que me identifico también plenamente, en la que me reconozco y comprendo... Un algo nuevo que destruye el lenguaje descriptor heredado, como algo fundamental, rupturista, liberador. Con ello relacionado, el intento de una juventud de “*crear sus propias vidas como si fuesen literatura*” (p.183), particularmente fuerte ese deseo en los “poetas libertarios”, tanto como en los que llama “*adoradores del volcán*”, en honor al cónsul alcohólico de Malcolm Lowry.

Una de las tesis del libro es que “al filo de 1970 se abre un campo de experimentaciones de tipo utópico” (p.200), “en una coyuntura que no cabe resumir como *apertura del régimen*”; y una vez más creo constatarlo con mi experiencia vital misma, los años de Ibiza y Formentera como ventanita abierta al exterior y liberadora, entre otras cosas... También, la idea de que *lo político* (conflictos sociales y culturales) en la transición desborda de continuo el ámbito de *la política* (partidos, instituciones, nuevas estructuras) (p.267). Y en la misma línea, la apreciación de Sarrión de que el abandono de la militancia orgánica llevó a los jóvenes a caminos nuevos de los malditos, el surrealismo, la contracultura, vidas poéticas y *vidas literarias*, pues más que técnicas de escritura eran *técnicas de vida* (p.294).

De siempre me interesó el concepto de anomia de los antropólogos, y sobre todo su aplicación a la literatura por el francés Jean Duvigneaux, que convierte a Cervantes en un escritor anómico. También Germán Labrador recurre a este concepto (p.299) que salta en momentos en que se alivia y se relajan las fronteras sociales, simbólicas, de género u origen... ese espacio/estado – carencia o hueco, wu de los chinos – en donde pueden surgir las transformaciones. En esa línea de perfilar lo anómico y la anomia, es interesante este fragmento más descriptivo:

Podemos evocar imágenes de mezcla y alboroto semejantes a propósito del *carnaval de los pisos* de Santiago, las Ramblas barcelonesas, la Malasaña ácrata, las cárceles transicionales, las islas libertarias del mar Mediterráneo o el Portugal de los claveles. Son espacios utópicos, coordinadas donde pueden darse – de modo provisorio – las condiciones para imaginar otras formas de socialidad emancipadas. Estas comunidades alternativas funcionan como laboratorios políticos y estéticos. Cuando estalla la revuelta, lo hace en relación con estas mezclas sociales que la anuncian, preceden y potencian. (p.300).

Es interesante también la visión de la anomia (p.325) relacionada con “la falta de reconocimiento, por su condición relativamente autónoma, respecto del campo de los negocios y el mercado”. Y otra vez mi reafirmación en el buen gusto anómico de Moebius y Bakakais y similares... productos fronterizos aunque siempre a punto de ser devorados por el mercado omnívoro...

Otra idea germinal (p.327) como “otra de las muchas historias pendientes de contar del periodo”, la de los poetas profesores, muy abundantes en el periodo transicional. Con los que, a nivel personal, tengo una relación de amor-odio de alguna manera, sobre todo con los poetas profesores de literatura y de poesía, que son los que menos me terminaron convenciendo. En fin. Y en la p.348 se relaciona este asunto con La Vaquería y esa “proximidad afectiva” de estos poetas con los marginados, con la frontera social en este caso, si se puede decir así. Con lo que estoy muy de acuerdo, esos “seudodelincuentes en un mundo de criptodelincuentes” que últimamente no hacen más que aflorar a la luz, al fin... luz, más luz... y taquígrafos.

El mitin de la CNT del 27 de marzo de 1977 en San Sebastián de los Reyes es un momento álgido de la transición (p.362), con las fiestas del 2 de mayo de pocas semanas después, las de la foto de la portada de Félix Lorrio, el poema de Fernando Merlo a sus venas de 1981 (p.371)– al que me gusta glosar con mi poema a Peter Neuman en la isla de ocho años atrás – o las evocaciones de Villán (p.412) y sobre todo de Juan Luis Recio (p.414), y su *Introducción al desborde*, me parecen momentos de especial melancolía desde mi punto de vista personal:

Cuando se desbordó el vaso, desaparecieron juntos
‘el dragón de larga cola’ franquista y la ‘primavera libertaria’.
La transición se había completado (p.417).

Como esa Europa mal diseñada actual, otra gran decepción. Para tantos. Era ese "...Al carajo. Se acabó" que JL Recio escribió como despedida en el último libro de la editorial de La Banda de Moebius, poco después.

Me encanta constatar la presencia de la Vaquería en la vida de tanta gente que no conocí personalmente (p.426), y su última fase fue precisamente esa primavera de 1977... Por eso las páginas de la evocación de La Banda de Moebius (p.461ss.) me son especialmente queridas, sobre todo en contraste con la posterior La Luna de Madrid – que juega al "elitismo de la *gauche divine* en Madrid pero ya sin *gauche*" (p.467) – con la que vuelven a levantarse las viejas barreras "entre alta y baja cultura que la transición discutió", y adopta plenamente "las nuevas coordenadas del capitalismo y de la sociedad de consumo", una suerte de *normalización*. Algo que el viejo Moebius JL Recio, como el poeta Noguerol, captaron plenamente, y de ahí aquel "...al carajo. Se acabó". Y el cierre y a otra cosa.

En la Movida

Cuando en 1989-1990 intentamos reabrir el viejo proyecto de local vaquero en La Vaquería de la Calle del Príncipe – con eso nombre nuevo ya se podía sentir el fracaso – allí estaba JL Recio, el Moebius jefe, como Fifo Laje, el rockero de *Qué hace una chica como tú en un sitio como este*, el presi de la antigua Vaquería, Rafa Escobedo, o los más jóvenes Iñaki Glutamato y el *Poch* en sus últimos días entre nosotros... Allí grabó Servando Carvallar también... Y recuerdo que el Noguerol apareció por allí un día de visita... Y los tableros de la vieja Vaquería pintados por Satrústegui y el Ceesepe y con agujeros de balas de los guerrilleros, presidían el local, con un cuadro de Carlos Bloch... Pero en un decenio largo todo había cambiado de tal manera que – la cocaína reinaba como la nueva droga social/antisocial entre los jóvenes – todo era un puro acelerón. Y todos habían vuelto a recolocarse – esa vuelta a la casa del padre que comenta Labrador en algún momento, el regreso al techo burgués –, si no habían muerto o estaban a punto de, traicionando un viejo perfil transicional que se me aparece también como central:

En este espacio, la política tiene que ver con el placer o, al menos, puede tener que ver con el placer, porque, a diferencia de la concepción *seria* del activismo político que caracteriza a la generación anterior, para estos jóvenes no hay ninguna contradicción entre manifestarse y divertirse. (p.489).

Esos tiempos habían pasado; si el lema franquista "O yo, o el caos" – reactivado por M. Rajoy en estos momentos – fue un lugar común durante la transición como chantaje a la ciudadanía (ibid.), el "divertirse y movilizarse" setentero se había convertido en una suerte de caricatura en la llamada Movida. Por eso (pp. 492-495) las bombas de la Vaquería (1976), El Papis (1977) y la Scala (1978) muestran un punto de inflexión

en el que la calle, “lugar del placer y la política”, “espacio natural en que se juega la apropiación de un sentido de la vida pública y de sus límites”, pretende ser sometida por una suerte de “teatro de la violencia” (p.495).

En esta poética oficial del desorden, se identifica sistemáticamente delincuencia, inmoralidad y democracia” (p.519)

O, como denuncian en la revista Star:

Todo aquel que no pertenezca a ningún partido o sindicato
y que se mueva un poco puede ser considerado libertario
y lo libertario es lo malo de ahora. Lo ha dicho el Sr. Ministro...

Martín Villa, como no, ministro del interior entre 1976 y 1979...

Tras un dramático análisis de la irrupción de la heroína (“Quijotes de las farmacias”, pp. 558 ss.), ese análisis del desastre final:

Si la contracultura buscaba la emancipación a través
de la transformación artística de la vida cotidiana,
la generación de la Movida aprendería a disociar el lado político
y el lado cultural de las prácticas *underground*,
vaciando la estética de contenidos, con el beneplácito de estado
y mercado. (p.568).

Es el punto de inflexión; en 1983, la música juvenil comienza a convertirse en gran negocio “con el apoyo de los nuevos gestores públicos” (p.570); “los contenidos abiertamente políticos comienzan a percibirse con desconfianza según avanza la década” (p.571). Olvidarse del vínculo con el *underground* transicional va a ser clave para cumplir “con el mandato principal del nuevo campo cultural democrático: la separación de política y cultura” (p.575), y el “éxito” será la nueva clave del nuevo orden cultural en el que el artista se ha convertido en “profesional”, “un trabajador más de la sociedad capitalista” (p.576).

La movida es a la ruptura estética lo que el PSOE a la ruptura política,
es decir, un simulacro.

La Movida acaba rompiendo estéticamente con el franquismo,
pero en ese proceso rompe también con el bagaje de la contracultura.
(p. 577).

Al filo de 1980, JL Recio percibió como el fin de una época la muerte de John Lennon y editó en La Banda de Moebius un libro colectivo conmemorativo (p.481), como una síntesis intergeneracional que llegaba a los más jóvenes (El Zurdo, Glutamato Ye-ye, Aviador Dro) que ya “no podían soportar su amor por las flores”. La glosa de Aviador Dro o del imposible disco ya del Noguero *Nueva Pulsación* – conflictos de derechos de autor ya centrales de la SGAE versus ediciones piratas del rollo o Moebius – representan esa nueva frontera: “entre el mundo de la bohemia transicional al término de su ciclo y la emergencia cultural de la Movida” (p.598).

El joven Labrador, arqueólogo

Como no podía ser de otra manera, Germán Labrador, nacido en 1980, nos deja un botón autobió al final de su largo ensayo para que nos podamos hacer mejor una idea de esa dialéctica entre el autor y su obra que creo que es fundamental para terminar de comprender una sensibilidad, un punto de vista y una sinceridad de análisis, así como el trabajo resultante de todo ello. Para él los años de la transición setentera fue, como para los de mi generación la guerra civil, algo que había sucedido antes de su nacimiento mismo; aunque, tal vez, con la diferencia de que, para los de mi generación, la guerra era algo terrible y trágico de lo que se hablaba con la boca pequeña – al margen de la propaganda franquista nauseabunda – o se silenciaba sin más, mientras que para los de la suya la transición se cantaba, se voceaba, se presumía de ella, y casi se vendía como una gloria nacional... Por ello es del mayor interés que el autor se haya preocupado por desvelar lo que había por debajo de esos oropeles triunfalistas de los relatos político-académicos oficiales, y es ahí en donde aparece ese entramado *underground* y vitalista, verdadero, un nosotros, al fin, ese hueco – anómico, wu – en donde pueden aparecer las grandes transformaciones...

Yo estaba dejando de ser un niño la primera vez
que escuché a Miguel Ríos cantar el himno de la alegría.
Habían pasado algunos años desde esa gira [de los años ochenta].
Era en algún programa, en la televisión, un sábado.
Recuerdo que me conmovió. Los acordes volvían a mi cabeza,
y la letra no podía olvidarse.
En que los hombres volverán a ser hermanos.
Era cerca de 1991 y esta versión del himno de Beethoven acompañaba
a la publicidad institucional en favor del tratado de Maastricht
que España iba a firmar entonces... (p.601).

De la ilusión frustrada de una transición democrática de nuestra juventud
a la ilusión más que frustrada también, castradora, de una Europa Unida
de su juventud, de la suya, y de nuestra madurez de supervivientes a tantas
frustraciones; que remozan el aguanta resiste post-punki y también
transicional, sin duda, y termina uniéndonos en el mismo anhelo de ruptura
total y corte de mangas y vuelta a empezar, o algo así...





FIN